



BERLÍN. PUERTA DE BRANDEBURGO.

CAPÍTULO XLIX.

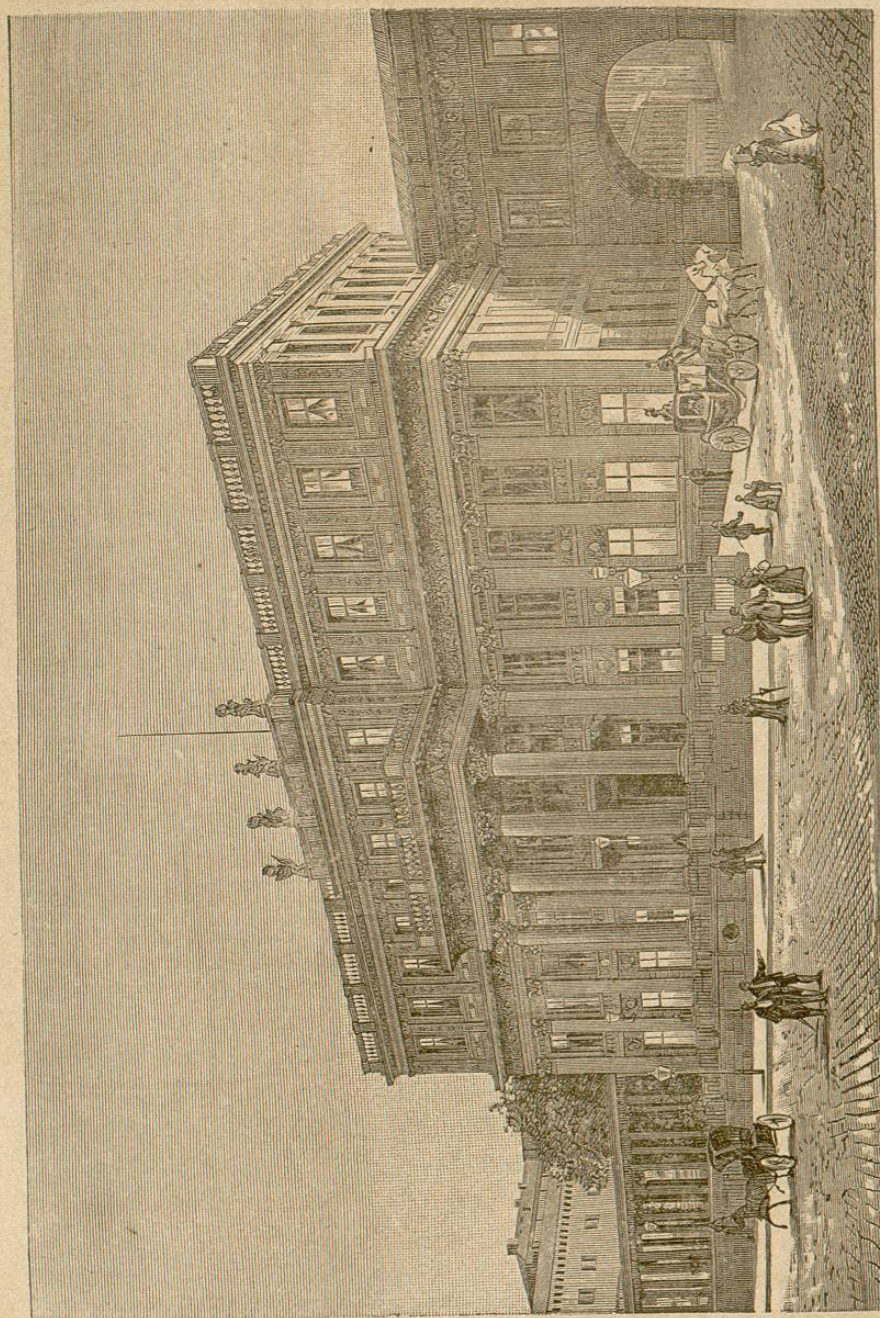
BERLÍN.

Campos prusianos. — Camas cajones. — La ciudad de Berlín. — Palacio Real; la *Dama Blanca*. — Museo de Berlín. — Museo Nuevo. — El Arsenal; llaves de París. — El *Aquarium*. — Paseo de los Tilos. — Edificios notables.

17 de Setiembre.

Hoy á las 10 de la noche he llegado á Berlín (1,516 kilóm.) después de dos días y horas de camino en el ferrocarril, cruzando por terrenos pobres de vegetación, pero variados y hermosos.

En nuestros campos, las plantas del maíz, de la caña de azúcar y demás vegetales que empleamos para nuestra alimentación, se elevan muchos pies sobre el suelo, y desde largas distancias se advierten los verdes ó amarillentos grupos de vegetación, en cuyo seno desaparecen los cultivadores. Aquí, todas las plantas que se cultivan son raquíticas, se elevan unas cuantas pulgadas, y apenas cubren el suelo en que nacen.



A. H. BEGUS. IMP.

PALACIO DEL PRÍNCIPE HEREDERO EN BERLÍN.

Con la falta de arbustos ó árboles frutales que den alguna sombra, todos estos terrenos parecen sólo sembrados de hortalizas: muy notable es la diferencia entre las tierras cultivadas de esta parte de Alemania y las de América.

El hotel en que he parado es grande, tiene todo el *comfort* de la civilización europea y está bien atendido.

Una cosa me llama la atención porque es enteramente nueva para mí. La cama consiste en una especie de cajón grande y cuadrangular, relleno de colchones y con otro colchón más ligero, pero siempre grueso que sirve de colcha.

Así es que sumiéndose un poco los colchones inferiores con el peso del cuerpo, el otro, que hace las veces de cobertor, queda al nivel del borde del cajón, y la persona completamente sumergida, y con sólo la cabeza medio fuera, para certificar que un cuerpo viviente se anida en aquel fardo.

Confieso que el aspecto de esta clase de camas nada tiene de seductor, pero después de algunas noches de invierno, pasadas en tal clase de lechos, se queda deseoso de dormir siempre encajonado.

18 de Setiembre.

En el momento en que salía del hotel, el administrador me advirtió que, como á extranjero, me debían venir al encuentro en la calle varios individuos invitándome á tomar una copa, para robarme ó estafarme luego de alguna manera, y me recomendó que los echara en hora mala.

Efectivamente, no había caminado dos cuadras, cuando se acercó un joven de maneras muy libres y traje algo raído, invitándome á tomar algo en la próxima cantina; luego más lejos, otro con aspecto de un verdadero caballero de industria, ofreciendo acompañarme á ver los edificios notables de Berlín: á ambos despedí con pocas ceremonias, y agradecí en el alma la advertencia de mi hotelero.

Berlín, aunque población muy grande y con cerca de un millón de habitantes, no es una capital hermosa. Cuando estaba yo en París, hablando un día con un americano acerca de los pueblos que deseaba visitar, al mencionarle esta ciudad, me manifestó que para él Berlín era sólo un vasto y sucio cuartel: esta aserción es exagerada, pero tiene mucho de verdad.

Berlín, capital de un imperio que acaba de invadir y sojuzgar á Francia, no corresponde en nada á la idea que se tiene derecho á formarse de ella. Es cierto que posee anchas y rectas calles, edificios en su mayor parte de tres, cuatro y cinco pisos, cuarenta templos, cuarenta plazas y quinientas calles: pero éstas están mal embaldosadas, sus aceras son angostas, y de escasa limpieza.

Los alrededores de Berlín son estériles y arenosos, y en el interior pocos son los edificios notables que encuentra el viajero que visitar.

Juan B. de

Madrid, Roma, Florencia, Nápoles, Venecia, Viena y San Petersburgo requieren algún tiempo para ver sus curiosidades, mientras que Berlín, para el que ha viajado por Europa, sólo ofrece unos cuantos edificios ó monumentos que se pueden ver en dos ó tres días.

Comenzé por visitar el Palacio Real, en cuyo frente están unos grupos de bronce fundidos en San Petersburgo y regalados por el Czar Nicolás al Rey Federico Guillermo IV : representan dos hermosos caballos desbocándose, y contenidos por hercúleos domadores, imitación de los grupos de la misma clase que hay al concluir la escalinata que conduce al Capitolio en Roma.

Este palacio tiene cuatro pisos y contiene como 600 piezas. Dejando á un lado las habitaciones que, por estar ocupadas por la familia real, no pueden ser visitadas, ó los salones que nada ofrecen de particular, el guardián nos condujo como á unos 30 turistas que visitábamos el palacio, primero á la Galería de cuadros. Al entrar en el primer salón nos dió á cada uno un par de alpargatas, que aplicamos sobre nuestro calzado para no deteriorar el piso que es de madera, esmeradamente pulido y barnizado. En esta galería hay cuadros notables, como *Los Anabaptistas prisioneros ante el obispo de Múnster*, de Schorn; *Bona parte pasando el San Bernardo*, de David ; *la Virtud dejando la Tierra*, de Rúbens, y *Pedro el Grande*, de Van Dyck.

Seguimos después á la Sala del Trono que tiene una bella vista sobre un jardín : su silla que es de plata y el dosel que la cobija, elegantemente adornado con águila y coronas, son de buen gusto. Hay en este recinto una riquísima araña de cristal de roca, obsequio de Jorge IV de Inglaterra á Federico Guillermo III : se ve igualmente un escudo de plata maciza y una copa con que los habitantes de Berlín obsequiaron al rey Federico Guillermo IV y á su esposa, en 1840, con motivo de su exaltación al trono.

Después está la Sala Blanca, elegantísima estancia, llamada así porque todas sus paredes, columnas y adornos son blancos.

Las alegorías que adornan su cielo raso, las estatuas de mármol que la decoran, representando los doce electores de Brandeburgo y de las provincias de Prusia, los retratos de los grandes hombres que en relieve adornan su friso, y la *Victoria* que, en mármol de Carrara y debida al cincel de Rauch, se ostenta allí sentada con gran majestad, hacen de este recinto una estancia primorosa.

Una pequeña escalera da paso á la Capilla de este Palacio, que sólo tiene de notable varios frescos en su cúpula, que representan entre otros asuntos, los retratos de los hombres eminentes de todas las épocas, de todos los países y de todas las religiones.

El mismo guardián nos indicó que reinaba la antigua superstición, de que en este Palacio se aparecía una *Dama Blanca*, fantasma cuyas visitas anuncian siempre la próxima muerte de algún miembro de la familia real.



Paris. — Imp. Unsinger.
EL EMPERADOR DE ALEMANIA EN SU DESPACHO.

No basta á los soberanos la poesía que envuelve á sus palacios, con motivo de sus jardines, estatuas, dorados y pinturas, de sus mármoles, vajillas y muebles opulentos; es preciso hacerlos visitar por fantásticos seres, para que inspiren mayor veneración y respeto al pueblo ignorante y subyugado.

La prohibición de fumar que al entrar en los primeros salones de este Palacio encontramos escrita, y que hizo inmediatamente arrojar sus puros encendidos á varios de los visitantes, fué lo que me agradó del actual Emperador, que sin duda detesta el olor y humo del tabaco en sus habitaciones.

Ojalá algún día, más culta la educación de los pueblos, se vea como signo de mala crianza, de ridícula y torpe fatuidad, la estúpida manía de andar los hombres convertidos en chimeneas ambulantes.

Fuí luego al Museo (de Berlín) que está frente al *Lustgarten* (jardín del placer), en cuyo frente hay dos preciosos grupos de bronce: el uno representa una Amazona luchando á caballo con un tigre; el otro, un hombre también á caballo luchando con un león: el primero es debido á Kiss, el segundo á Alberto Wolff.

Hay también delante de la entrada principal de este Museo una taza de fuente gigantesca, de granito rojo, desgraciadamente hendida; tiene más de siete metros de diámetro y pesa 6,000 arrobas.

El Museo está dividido en tres secciones con los nombres de Anticuário, Galería de escultura y Galería de cuadros.

En el Anticuário se ve un número prodigioso de vasos antiguos, procedentes en su mayor parte de Italia, Grecia é Islas Jónicas; y colecciones de camafeos, monedas y medallas, de todos los países y de todas las épocas.

En la Galería de escultura, bajo una gran rotunda, está la estatua de Federico Guillermo III: se encuentran también un vaso de malaquita y nueve tapices fabricados en Arras, con dibujos de Rafael. Hay más de ochocientas estatuas griegas y romanas, antiguas y modernas, que desgraciadamente en su mayor parte, están mutiladas y reparadas con poco acierto.

En la Galería de pinturas se encuentran más de 1,200 cuadros. La escuela veneciana se halla representada por Andrea Mantegna, *Retrato de un eclesiástico*; por Giovanni Bellini, *una Madona*; por Ticiano, *Retrato del almirante Juan Mauzo*; por Tintoreto, *Retratos de dos procuradores de San Marcos*; y por Caravaggio (Miguel Ángel), *el Amor dominando al Arte y á la Ciencia*; la escuela lombarda, por Correggio, *Pañuelo de la Santa Verónica*, en el que se dice se grabó la cabeza de Jesús coronada de espinas; la escuela de Toscana, por Ghirlandajo (Rodolfo), *la Asunción*; la escuela romana, por Rafael Sanzio, *una Madona*; la escuela de Bolonia, por Dominiquino (Domenico Zampieri), *San Jerónimo escuchando el sonido de las trompetas del Juicio Final*; la escuela española, por Murillo, *la Magdalena arrepentida*; y por Zurbarán, *Un monje franciscano con Pedro Nolasco*; la francesa, por Nicolás

Poussin, *Juno poniendo los cien ojos de Argos sobre su pavo*; *Educación de Jupiter*; y por Antonio Watteau, *Paisaje*; la escuela holandesa por Huberto y Juan Van Eyck, *Un gran cuadro* que contiene divisiones con otros tantos asuntos religiosos; Hands Holbein, el joven, *San Juan Bautista y la Magdalena*; y Rembrandt, *Jacob luchando con el ángel*; y la escuela flamenca, por Pedro Rúbens, *Retrato de su segunda mujer, Helena Froment*.

De este Museo se pasa por una galería á otro Museo llamado el nuevo. Hay en este local, hermoseado con mármoles, estucos y pinturas de diverso mérito, una colección de antigüedades egipcias entre las que llama principalmente la atención una cámara sepulcral, que data de 4,000 años y que fué encontrada, por M. Passalacqua, en la necrópolis de Tebas, en 1823; una colección de yesos, representando todas las obras maestras antiguas y modernas de los grandes maestros, cuyos originales existen en Londres, París y sobre todo en los museos de Italia; y un Museo etnográfico, que contiene objetos curiosos de la India, China, Japón, Islas Sándwich, Perú etc., etc.

Estos dos Museos de Berlín son muy vastos y contienen riquísimas colecciones de mérito, pero no esas obras maestras que son la sorpresa y pasmo de los sabios y de los viajeros.

Para el que haya viajado poco, estos Museos son un portento; pero para el que ha recorrido los museos del resto de Europa, y sobre todo de Florencia, Roma y Nápoles, apenas merecen una rápida visita estas colecciones prusianas.

Dirigíme luego á ver el Arsenal, bellissimo edificio cuadrado, situado en la plaza de su nombre y tan inmediato á los Museos como al Palacio Real.

Entre los cañones, fusiles y diversos estandartes quitados á otras naciones, que se ostentan en las dos magníficas salas de este edificio, llaman la atención dos cañones de cobre que fueron de Gustavo Adolfo, y las llaves de la ciudad de París.

La vista de estas llaves, que desde luego revela que París fue avasallada por la Prusia, me trajo á la memoria que también en París vi un estandarte prusiano.

No pude menos de sonreír acordándome de un cuentecillo que oí de niño. Éste era un viejo farolón y pendenciero que refería á un amigo suyo todas sus proezas. Enumeró los antagonistas que había vencido ya con la espada, ya con la pistola ó echando mano de la primera arma que encontraba á su alcance. Un sobrino suyo que le oía, no pudo menos de exclamar: pero, tío, no le dice de los palos que dió á V. Don Fulano, quien le dejó por muerto en un vallado. — Esa fué hazaña agena, contestó el viejo, y el que la hizo debe haberla apuntado: yo sólo tomo nota de los sucesos de que salgo vencedor.

Igual conducta observan las naciones: ponen á la vista las bocas de fuego, los estandartes quitados al enemigo y las llaves de las ciudades que se les



Paris. — Imp. Unsinger.

BERLÍN. EL GENERAL MOLTKE EN EL JARDÍN ZOOLOGICO.

han rendido ; pero buen cuidado tienen de ocultar todo aquello que recuerda sus descalabros.

Visité el *aquárium*, que es bellissimo y que me pareció de reciente construcción ; y vi á un respetable militar que me dijeron ser el general Moltke.

Recorrí el Pasaje, y el Paseo de los Tilos (*Unter den Linden*) que es el más notable de la población.

Está formado por la calle más ancha y hermosa de la ciudad : tiene cinco vías, dos para carruajes, dos para caballos, y la del centro para la gente de á pie : le adornan cuatro filas de Tilos, árboles á que debe su nombre, y los edificios que le limitan por ambos lados, son suntuosos y de notable construcción. Este paseo, que tiene como mil doscientos metros de extensión, comienza al Oeste de la ciudad en la puerta de Brandeburgo, magnífico monumento, coronado por una Victoria, arrogante figura de pie, sobre un carro tirado por cuatro soberbios caballos, todo de cobre, y se termina en la plaza de la Ópera, en cuyo extremo está la estatua ecuestre de Federico el Grande.

Siguiendo esta misma calle, rumbo á Oriente, se encuentran como agrupados en un pequeño espacio todos los edificios curiosos de Berlín, como son : la Universidad, la Biblioteca Real, la Iglesia de Santa Eduvigis, la Academia, el Palacio del Príncipe de Prusia, el Arsenal, el Palacio Real y los Museos.

Llama mucho la atención el número de militares que transita por las calles ; verdaderamente, se cree estar en un campamento.

Pasé la tarde muy contento porque recibí cartas de mi familia, en que me daban la noticia de que Francisco mi hermano estaba ya recibido de Médico, y al lado de las hermanas.

En la noche concurrí al Teatro de la Ópera que es muy elegante.